

Y, en medio de este combate, surge la traición de Dumouriez, del gran devoto y del gran amigo de la Gironda. Y, al surgir la traición de Dumouriez, Francia se halla en el estado más crítico acaso que atravesara durante todos aquellos tiempos. Abandonada Bélgica; frustrado el plan militar contra Holanda; el austriaco en la Frontera; los duques de Saboya y los Reyes de España moviendo por Oriente y Occidente sus huestes; Marsella disgustadísima; Burdeos protestando; Lyon insurrecta casi; Nantes amenazada por los odios asoladores de la reacción campesina; los vendeanos en armas; las gentes de Bretaña en guerras interiores civiles; Avignon casi desunido de Francia otra vez; los pueblos casi entregados á la separación por el nombramiento de municipios que se creían gobiernos y congresos; la demagogia en crecimiento, mientras los principios de orden regular en triste y continuada mengua; las tiendas de París entradas á saco; el Parlamento desacertado por la furia de Marat, que pedía se colgase de cada linterna un comerciante; la comisión ejecutiva casi disuelta; los primates girondinos acosados por la persecución y por la calumnia, no podía caer sobre aquel incendio una lluvia de aceite hirviendo como la que desataran en cóleras populares indecibles las infamias y las traiciones del general á quien los girondinos encomendaran la salvación de Francia. El movimiento de conmoción comienza por los lyoneses. Aunque, generalmente, las mayores ciudades aparecerían republicanas, Lyon presentaba en este punto monstruosas excepciones. Así, no pertenecía en los tiempos que historiamos á la República, pertenecía por completo á la reacción. En sus cuevas industriales, en sus casas de innumerables pisos, en los intrincados laberintos de sus calles húmedas y sombrías se refugiaban muchos emigrados conspirando eternamente y en todas partes por la reacción legitimista. Caso extraño; aquella ciudad tan trabajadora é industrial era también una ciudad eclesiástica. Enorme colina le sirve de corona, y sobre tal colina splende y luce como piedra preciosa el santuario de Fourvieres. Y si en las bajas cuevas industriales se reunían los emigrados, en las altas celdas eclesiásticas se reunían á su vez, con propósitos irrevocables y de una tenacidad indecible, los clérigos injuramentados. Estas dos clases de conspiradores podían ejercer allí su actividad sin miedo á grandes peligros. Las complicidades múltiples de sus habitantes con todas las reacciones, ofrecían mucho cebo á las maniobras reaccionarias. Y, si estas maniobras marraban, la frontera próxima ofrecía seguro asilo á los conjurados y facilitaba la persistencia criminal en sus conjuraciones. Parecía que no estaba destinada la ciudad aquella, con su espíritu reaccionario, á tomar el carácter y el nombre de ningún partido republicano. Y sin embargo, á la hora en que más apretaba el asedio á la Gironda de la Montaña, los realistas lyoneses tienen la mala ocurrencia de proclamarse girondinos, aunque sus odios se cebaban por igual en todas las escuelas revolucionarias, y con especialidad en las escuelas más conservadoras y más sensatas. Desde la siniestra fecha de veintiuno de Enero, en que la guillotina segó la cabeza del Rey, crecieron las agitaciones lyonesas. Frailes secularizados,

monjas salidas de los conventos disueltos, clérigos sublevados contra las nuevas instituciones y las nuevas leyes, nobles sobrexcitadísimos por la común adversidad patricia, pensionistas sin paga, cortesanos sin ejercicio, viejos guardias de corps sin armas, todos los vencidos del antiguo régimen sin esperanza ni consuelo, reuniéronse allí para meter á la ciudad, que ciegameamente los recogía y alojaba, en el fangar sangriento de una guerra civil inmediata. Uníase á todo esto en Lyon crisis fabril-espantosa. Las gentes no vestían ya la seda que Lyon urdía y arreglaba en vistosos vestidos con tanto y tan consumado arte. El paño de lana reemplazaba por doquier al magnífico y lustroso terciopelo. Nadie compraba ni vendía en aquel inmenso mercado. La industria, en ataxia completa, echaba sobre las calles jornaleros en completa desesperación. La industria y el comercio de tan grande ciudad, si girondinos un tiempo, se convirtieron y trocaron en feroces realistas. Y esta horrible apostasia, sobre la cual ningún influjo ejerciera la Gironda, se puso en la columna pasiva de sus créditos, y se le imputó como uno de sus mayores crímenes y se adujo como una de las razones fundamentales que hubiera para expedir los girondinos al cadalso:

Los medios empleados por la Convención en el empeño magno de someter la ciudad rebelde resultaban todos contraproducentes. Cuando se debió mandar allí algún representante de la Cámara conciliador, que desatara con habilidad el nudo, muy difícil de romper con violencia, se mandaron dos exaltadísimos discípulos de Marat, quienes recrudecieron á una con sus temeridades las pasiones y se echaron plomo derretido sobre las recién abiertas heridas. La demencia del movimiento sólo podía compararse con la demencia de su represión. Clérigo secularizado y apóstota el uno de los emisarios, medio loco el otro, en vez de refrenar, promovieron y exaltaron la insensata reacción. Tales individuos, contagiados con el delirio de los clubs, no presentaban á los ojos de aquella ciudad los méritos y provechos de la revolución; presentábanle con temeridad la guillotina y el verdugo. Michelet nos dice que monarquizaron estos insensatos emisarios á los demócratas más convencidos, cosechando para la causa democrática una impopularidad sin ejemplo. Como en las calles de Roma, fueron en las calles de Lyon pisoteadas las escarapelas tricolores; y, como si hubiera venido el renacimiento de la realeza, fueron desarraigados en sus paseos y en sus plazas los árboles de la libertad. Viendo la Convención que los dos emisarios enviados por ella, únicamente servían para exacerbar y perder la gran ciudad, envió un hombre de bien. Este hombre de bien era el carnicero Legendre, á quien hemos encontrado varias veces en las páginas de nuestras historias. Aunque, si lo acosaban los enemigos de la libertad, rugía como un león, en su seno guardaba la inocencia inofensiva de un cordero. Necesitábase verdadera intrepidez para evocar el nombre y el numen de la República delante de aquellos ciudadanos subvertidos por la reacción. Legendre apareció intrépido y de su sereno heroísmo loado por todos los historiadores. Yendo inerme, habló y procedió como si tuviera todas las fuerzas de Francia en su mano. Y, así, no se detuvo

por ninguna consideración, ni tembló bajo ningún peligro. Había un candidato girondino allí que todo lo trastornaba, y lo encerró en la cárcel. Había un pequeño Marat, el cual caricaturaba en su insignificancia y en su pequeñez la enorme personalidad de Marat parisién, y también lo encerró en la cárcel, porque sus cuentas como regidor, no eran claras. Ninguna contrariedad mayor podía pasar á los girondinos que ésta contrariedad de Lyon. Cuando todos les pedían cuentas de las sublevaciones militares, aumentaban las sospechas y ofrecían á las calumnias grandes carnazas estos rebeldes civiles colocados bajo advocaciones girondinas. Todo perdía, pues, á la Gironda. Y esta pérdida comenzó á manifestarse con toda su verdad, el día que la Montaña impuso á la Gironda el envío de los federales fieles á su partido y mantenedores de su inmunidad, que había en Paris, al ejército de la Frontera. Sobrevenido tan adverso caso, la Gironda quedó inerme y á merced de los clubs en que predominaba el deseo y en que se hacía el juramento de perderla y extirparla. Ya no tenían los girondinos más defensa que la parte conservadora de aquella revolucionaria Convención. Pero la parte conservadora, siquier contara en ella una enorme mayoría, como abandonaba cobarde á la Montaña los principios más antiguos de su credo, también le abandonaba los hombres más queridos de su corazón. En una crisis donde todas las fuerzas contrarias y ajenas á ellos se levantaban furiosas contra los girondinos, estos girondinos abdicaban de su propia fuerza. Y tales abdicaciones formaban como una serie, cuyos términos, descendiendo, iban á tocar en las tablas del cadalso. Exigiáse una grande acción, y los girondinos perseveraban en una grande inactividad. Exigíanse radicales resoluciones, y los girondinos carecían de voluntad. Nada tan peligroso como ir en un ejército y no querer participar de sus batallas. El más indefenso aparecerá el más ofendido en las guerras, aunque huya el cuerpo á toda participación y á toda responsabilidad en ellas. Lo hecho por Lyon guardaba provechosas enseñanzas. Ante aquella inercia de la Gironda, los realistas lyoneses se llamaron girondinos, y perdieron á la Gironda para siempre.

A tantos males uniéronse las insurrecciones vendeanas. El diez de Marzo, mil setecientos noventa y tres, las muchedumbres agrícolas de la región aquella se levantaron en armas con furor contra las muchedumbres industriales de los grandes pueblos, por una emulación antigua entre las ciudades y las campiñas. Al horrible levantamiento siguiéronse cruentas matanzas. Ya los insurrectos anunciaban su crueldad cuando por el año noventa y dos comenzaron sus empresas, entonces abortadas, el día de San Bartolomé, fecha sangrienta del holocausto caníbal ofrecido á la reacción religiosa por la Monarquía tradicional. Este retrógado movimiento, funestísimo á la libertad y á la República, se originó de causas primeras y de causas ocasionales. Como todo el mundo puede presumir, la causa primera estuvo en el carácter de los vendeanos, en su apego á los ídolos caídos, en su devoción por las costumbres y por las tradiciones quebrantadas. Así, todo el mundo pudo

notar cómo antes de la guerra, cuando reinaba una perturbación, la cual no había estallado en erupciones todavía, la cólera de los vendeanos se recrudecía contra la libertad y contra la República en las temporadas más piadosas, en las Cuaresmas y en las Pascuas. Al eco alegre de las campanas repicando por la resurrección de Cristo y celebrando aquella festividad, cuyos regocijos impidieron el suicidio de Fausto, se levantaron los vendeanos, movidos principalmente por las supersticiones de su fanatismo y de su ignorancia. Mas el fanatismo y la ignorancia resultaron causas primeras del movimiento; las causas segundas, las causas ocasionales, fueron las novísimas contribuciones impuestas y las múltiples requisas ordenadas por la Convención para salvar de los irruptores extranjeros á Francia. No tuvo el primer período inicial de la guerra ningún carácter aristocrático, á pesar de los muchos señores feudales existentes en aquella tierra de continuo retroceso. Estaba demasiado molida y maltrecha la tradicional aristocracia vendeana para decidirse y resolverse por cosa ninguna, tras el golpe que le había dado sobre la cabeza el suplicio de Luis XVI. Mayor parte, sin duda, tomó en aquel movimiento la clerecía que la nobleza. Pero ni clerecía, ni patriciado, ni pueblo hubieran hecho nada, sin la requisita que se llevaba los ganados y sin la leva que se llevaba los mozos. Estos pueblos reaccionarios parecen pueblos vegetales por lo muy unidos que á la tierra se hallan. Desarraigaréis un árbol de allí; no desarraigáis un hombre. Los surcos del sembrado, las praderas del heno, las chozas del terruño, la campiña, en una palabra, se junta, con el hombre, con el labriego, como se puede juntar con él su propio cuerpo. Y en esta relación entre los vendeanos y su tierra existía un intermediario; existía el buey. No conozco animal más útil como el que lleva la carreta y el arado, prestando, desde los extremos de sus pezuñas hasta los extremos de sus cuernos, provechos innumerables al campesino, pues le calienta el cuerpo con su vaho, le estercola con su excremento el campo, le abre los surcos del sembrado, le ofrece su testuz para el yugo; y cuando llega la hora de su muerte, aquellas pieles suyas tan lustrosas, aquellas carnes tan alimenticias, aquellos huesos tan fuertes sirven á múltiples y necesarios menesteres humanos con un servicio inapreciables. Se necesita tener muy poco sentimiento de la naturaleza para despreciar la cooperación que á la obra del hombre prestan los pacientes trabajos del buey. Así, no es maravilla que lo hayan divinizado todas las viejas teogonías y que lo hayan querido todos los pueblos trabajadores. Aquella corona de su frente, aquel testuz fortísimo, el morro tan bello, la mirada tan profunda, la piel tan luminosa, la resistencia de sus lomos y de sus huesos tan grande, su incansable y permanente actividad, su obediencia fiel á la humana dirección, le hacen uno de los superiores agentes que para dominar á la Naturaleza tiene la humanidad. Y, si labrador sois y habéis visto nacer el ternero, criarse con medra, servir desde los primeros momentos al trabajo agrícola, ayudar á la fortuna y al bienestar de todos sin descanso, completamente doméstico y como parte de la familia, encontráis en el buey un amigo y compañero, del cual

difícilmente pueden separaros ni las mayores violencias. Así, cuando las desgracias crecieron y hubo necesidad de la requisa, y los agentes del gobierno se llevaron los bueyes tan amados, animales intangibles para sus poseedores, la rebelión estalló, y estalló por modo formidable de un extremo á otro extremo de la reaccionaria Vendée.

La región insurrecta resaltaba entre todas las regiones francesas por el espíritu de aislamiento y por la propensión separatista. Aquellos hombres vegetales no querían moverse. La facultad de locomoción, distingue al reino animal, como es sabido, del reino vegetal. Y aunque los vendeanos poseían, como demuestran sus movimientos reaccionarios, la completa locomoción nativa en los animales, no gustaban de moverse nunca sino para la guerra y vivían en el terruño á manera de hongos. La idea de patria no iba para ellos más lejos que el patrio suelo; y el horizonte sensible á su vista era todo cuanto deseaban ver en su existencia. Esta grande idea de nación, de nación libre, de nación soberana, de nación autónoma, no podía penetrar dentro de sus angostos cerebros, acostumbrados á ver la patria en una sola persona, en la persona del Rey. Así los pueblos vendeanos en su mayor parte ni el carácter de pueblos municipales podían tener. Eran simples tribus, como las tribus prehistóricas. Hablad á pueblos así de la unidad francesa; no comprenden tal palabra: decidles que pelagra la nación, ignoran lo que sea nación, como ignoraba Pilatos lo que era verdad. Nosotros no, pero nuestros padres oyeron gritos el año veintitres, no á muchedumbres como las vendeanas, á muchedumbres de ciudades progresivas y cultas: de «muera la nación.» Ningún género de unidad en aquellos pueblos, fuera de la unidad religiosa; y por ende ninguna indignación, porque los extranjeños destrozasen á Francia, con tal de que no llegaran en sus irrupciones á las cavernas trogloditas donde habitaba la mayoría de los vendeanos. Así no se movieron cuando la constituyente dispuso cosa tan grave como la juramentación de los clérigos; no se movieron cuando la monarquía volvió de su escapatoria terrible á Varennes por una calle de amargura que poblaban la blasfemia y el insulto; no se movieron al espantoso estallido del diez de Agosto, ni marcharon en legiones á París para extraer al Monarca de su cautiverio en el Temple: se levantaron cuando necesitaba la Convención de una defensa vigorosa de la patria, mandando sus emisarios para cumplir la requisa de los ganados y la leva de los mozos. Así aquel infierno reaccionario vomitó la discordia sobre Francia, aunque tal discordia costase la muerte del gran pueblo. Angers fué centro de la intriga generadora del movimiento vendeano. En Angers buscaban un asilo todos los injuramentados que sentían implacable odio á la revolución. Muy cerca de Angers, nació el héroe primero de tan parricida movimiento. Cerca de Angers nació Cathelineau. Él fundó, no un consejo de guerra, un verdadero consejo de frailes, para promover y sustentar la insurrección. Taimado aquel clero, aunque movido por un hombre franco y valeroso, tiraba la piedra y escondía la mano. Inteligente Cathelineau pero sin elevación alguna; de sólida cabeza, por la cual podíamos llamarle testarudo

verdaderamente; la nariz escultórica; la voz estentórea; la boca grande; muy robusto; reuniendo á su valor temerario una prudencia extrema y moderando las exageraciones de su esfuerzo personal con los cálculos de la previsión más acertada; creyente pero no supersticioso; hijo de jornaleros; hijo de albañil y albañil él mismo; unido con una mujer á quien quería mucho y que le cargara de hijos; obligado para sustentar á cardar lana mientras la compañera de su vida hilaba lino; comisario nómada, y viajero incansable de aquella pobre industria provincial y de aquel escaso comercio; con muchos oficios, cardador, comisionista mercantil, mercader también, hornero, necesitaba el arrimo de una clase influyente, y ninguna clase tan influyente allí como la clerecía, por lo cual unió á sus varios oficios, el cargo de sacristán, y en este cargo, escuchó los consejos del clero y oyó sus consignas para levantarse furioso en armas contra la Convención y desgarrar en este levantamiento criminal el seno de la patria. Los clérigos habían inventado toda suerte de tramoyas para mover los pueblos á la guerra. Cuando un cura juramentado solía decir misa en las parroquias obedientes á las nuevas leyes, soltaban un gato negro en medio de la iglesia y decían á los crédulos campesinos, que aquel gato negro era el demonio en persona. Cathelineau industrió un recurso más dramático, disponiendo procesiones, en las cuales aquellos crucifijos pertenecientes á las iglesias ortodoxas debían ir sin velo alguno y al aire libre; mientras aquellos pertenecientes á las iglesias juramentadas, debían ir en vueltos en negros velos, despertando el paso de tal procesión en las gentes fanáticas, sobre todo, en las mujeres beatas, alaridos de cólera y de combate, porque decían haber sido por la revolución de nuevo crucificado Jesús.

Tales evaporaciones de odios debían dar por resultado una guerra de exterminio. En Machecoul sonó el diez de Marzo la campana de rebato, porque una enorme y fanática muchedumbre rural se dirigía contra la triste aldea en aquella rivalidad y porfía entre las campiñas y los poblados. La gente sitiadora de Machecoul sumaba millares de hombres; los sitiados apenas llegaban á doscientos. La ley mecánica del triunfo de los más fuertes y más numerosos sobre los menos y los débiles, se cumplió con todo su rigor fatal. La milicia republicana quedó vencida y la venganza rural desplegó sin escrúpulo todos sus horrores. Había un cura constitucional en aquella diminuta parroquia; la facción lo crucificó. Y en su cruz le dió la muerte más lenta que pudo, para prolongar su agonía y burlarse de sus angustias. Luego se pusieron á ojear patriotas los vencedores, como si ojeasen fieras. Un cuerno de caza movía tristemente al degüello. El ojeador acosaba de mil modos á su víctima en aquel horrible ojeo. Si no salían de sus casas los perseguidos, iban á echarlos á la calle, para que allí los machacasen, pues todos los fanáticos tomaban participación igual en aquella festividad de canibales. Las mujeres les arañaban los rostros con furia, y en algunas ocasiones con sus tijeras arrancaron á varios vencidos los ojos. Hasta los niños contribuían á la inmolación aquella con sus pedreas y sus pedradas. Un